

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 25 de Marzo de 1897

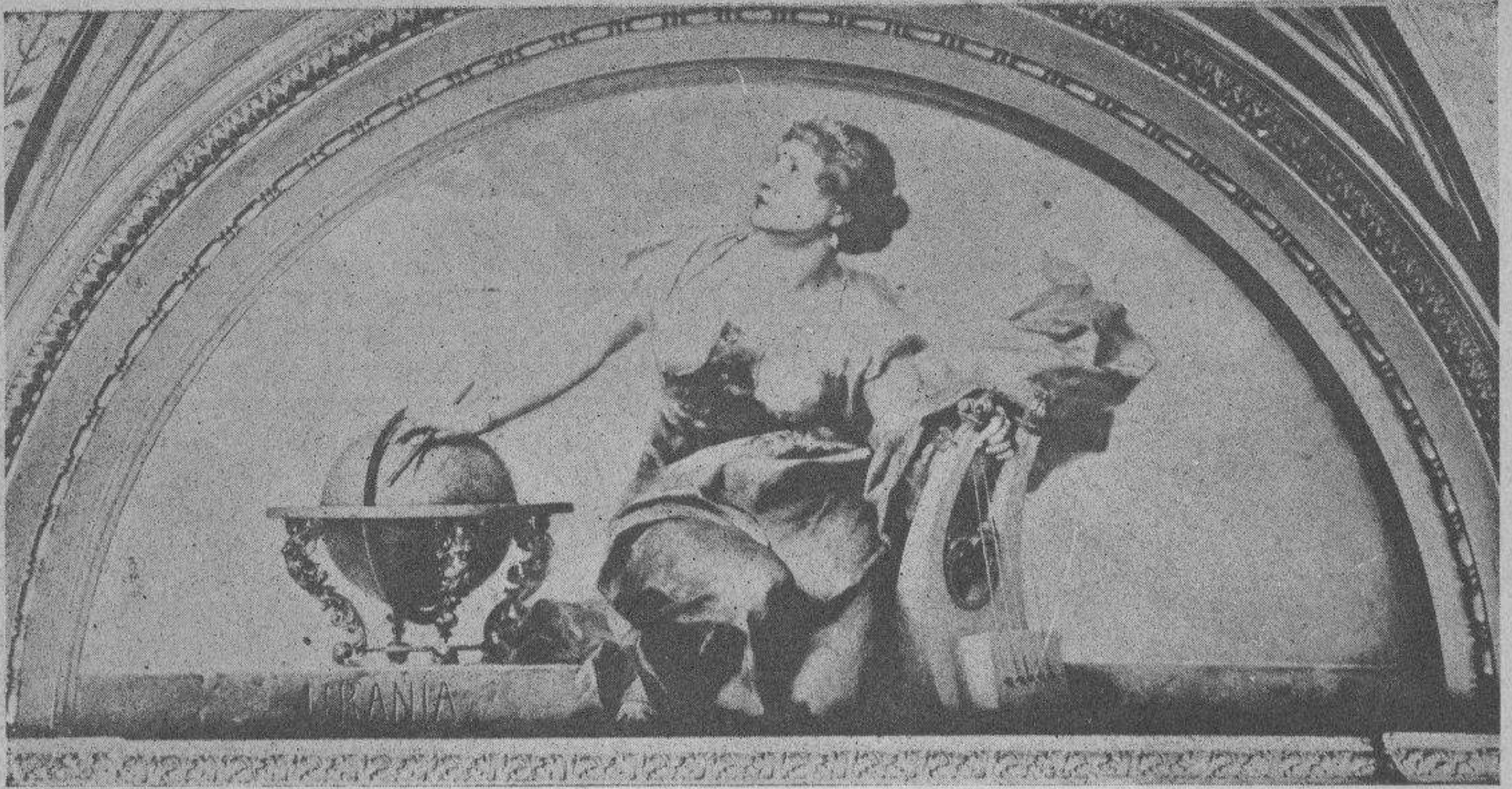
Núm. 331

EL REY DEL LÁPIZ



EUSEBIO PLANAS

(Último retrato hecho por su discípulo señor Brunet)



Sic transit...

Me trajo el mozo la copa de *cognac* pedida dos minutos antes, y mientras la paladeaba despacito, fijé una escrutadora mirada en el individuo que ocupaba la mesa próxima.

Era él, él mismo: no podía caberme duda ya. ¡Pero cuán ajado, maltrecho y diferente de sí propio! Sobre el grasiento cuello de panilla de su gabán caían en desorden los lacios y entrecanos mechones de la descuidada cabellera; la camisa no se veía: probablemente estaría sucia, y la ocultaba por pudor social. Como tenía inclinada la cabeza para leer un periódico francés, sólo pude ver su perfil devastado y marchito, y las abolsadas ojeras que rodeaban sus pálidos ojos.

Contemplábale yo con punzante curiosidad, y me acudían en tropel recuerdos de la última vez que asistí á uno de sus triunfos. Hallábase entonces en la plenitud de sus facultades y talento: es verdad que algunos malcontentadizos *dillettanti* empezaban á decir que *decaía*, mas el público opinaba de muy distinta manera. Y por señas que, como justamente la postrer noche que pasé en Madrid fuese la del beneficio del gran artista, aflojé los cinco pesos que el *Pájaro* me exigió por la butaca, y asistí á una ovación entusiasta, delirante.

¡Qué voz, cielo santo, qué voz pura, apasionada, angelical! ¡Con qué facilidad ascendía á las alturas vertiginosas de los *dos* y *sies* más inaccesibles á gargantas profanas! ¡Qué modo de filar las notas, y de emitir las, cada una aparte, distinta y clara, y al par ligada con la anterior y posterior, sin esfuerzo alguno, sin desgañitarse, antes con serenidad y gracia encantadora!

Y además de estos primores de ejecución, ¡qué bellezas de sentimiento en las distintas modulaciones de tan soberana voz, y en la inteligente mímica que las realzaba! El papel de *Edgardo* en *Lucia* no fué nunca mejor comprendido que aquella inolvidable noche. ¿Era hermoso ó feo el excelso tenor? Lo ignoro, pero pienso que Walter Scott, el novelista-poeta que inmortalizó las desventuras del *laird* de Ravenswood, no pudo soñar más melancólico, varonil é interesante *Edgardo*. Tierno y dulce en la escena del jardín: trágico y sublime en la de los desposorios; sombrío y fiero en la del reto; transido de amor en la bellísima final, siempre era el tipo romántico que las imaginaciones ardorosas y juveniles se figuran ver alzarse entre las nieblas de Escocia.

Hundíase el teatro, como suele decirse, á puras salvas de aplausos; llovían sobre la escena coronas y ramos de flores; y del fondo rojo oscuro del proscenio, donde ostentaba su soberbia *toilette* una aristocrática beldad, se destacó un brazo escultural, enguantado de blanco, y un ramillete de nevadas camelias, sobre las cuales negreaban dos cifras formadas de oscurísimos pensamientos, cayó envuelto aún en el perfumado pañuelo de encaje, á los pies de *Edgardo*, mientras un cuchicheo discreto inclinaba unas hacia otras las cabezas femeniles en los demás palcos, cual se doblan las espigas al soplo del aire. El

tenor daba gracias al público, apoyando sobre el corazón la mano izquierda, en cuyo dedo meñique lucía un solitario como una avellana, regalo del Zár.

¡Si me parecía que le estaba viendo aún! Mediante la transfiguración del arte, el hombre viejo y mal vestido que tenía enfrente iba convirtiéndose en el *Edgardo* arrebatador que me sedujo diez años antes. Levantábase ante mí su gallarda figura, su italiana y morena tez empalidecida por el reflejo del gas, su negra barba, sus ojos centelleantes, su descubierta garganta de estatua, cuyos tendones se dibujaban bajo el limpio cutis, su traje de terciopelo negro con cuello de *guipur*, la noble actitud con que arrojaba su capa y se quedaba inmóvil, cruzado de brazos, sobre la escalinata de la cámara donde se celebraban los desposorios de *Lucia*. Oía de nuevo su voz, el acento desesperado con que pronunciaba: *Stirpe iniqua*, y sus notas penetrantes recorrían mis nervios y me producían inexplicable escalofrío. Era el mismo *Edgardo*, ¡y estaba á dos pasos, en la mesa próxima!

Movido por irresistible impulso me acerqué, y le tendí la mano, preguntándole si tenía el gusto de hablar al célebre tenor. Preguntélo no sé por qué; por el placer de oírlo de sus labios. Alzó sus ojos apagados é indiferentes, y á media voz, me dijo un: — ¡El mismo!—que me pareció lleno de tristeza y resignación.

—¡Pero usted por aquí!

—En efecto.

—Yo le he admirado á usted en el Real..... En *Puritanos*..... en *Lucia*..... ¿Se acuerda usted?

—Ah, sí..... ¡otros días!.....—pronunció en italiano.

Ví animarse un tanto sus mejillas, donde unos atisbos de colorete y albayalde, mal borrados por la tohalla, parecían los últimos arreboles de su gloria.

—¿Y es cierto que viene usted á cantar aquí?

Sacó del bolsillo una petaca muy usada de cuero de Rusia, con iniciales de oro, resto, sin duda del pasado esplendor, y de ésta un cigarro, y me pidió fuego.

—Cantaré..... sí, como pueda.

Díjolo carraspeando, y noté que la voz del ángel se parecía ahora al glocitar de un pollo.

—¿En una capital de provincia? ¿En un teatro tan malo? ¿Ante una concurrencia?.....

Mis palabras despertaron al tenor de oficio, al hombre habituado á captarse con afales palabras las simpatías de los concurrentes entre bastidores.

—¡Oh!—exclamó.—El ilustrado público de Marineda..... ¡Oh! Yo he escuchado hacer elogios de su competencia..... ¡Oh!

Y diciendo esto, una halagadora sonrisa, casi suplicante, entreabrió sus labios, y su mirada se posó cariñosamente en mí. No me dejé seducir.

—¿Es cierto,—le pregunté,—que ha perdido usted la voz á consecuencia de un enfriamiento que cogió en New-York?

Inclinó la cabeza sobre el pecho y no contestó palabra. Comprendí que el tema de la conversación le era desagradable, y llamé al mozo, pidiéndole unas copas de *Chartreuse* de la más fina.

—¡Oh! ¡*Grazie!*—murmuró al verlas delante.—No uso..... Licores, vinos, especies..... ¡Oh! Pimienta, pimienta, *sopra tutto!* ¡Los yankees abusan de las especies y los vinos..... Yo no llevé á New-York mi cocinero, *sentite*.....

Entonces, incitado por mis preguntas y mi no fingido interés, comenzó á explicar el régimen funesto seguido en New-York, las primeras notas veladas, la desesperación de la primer ronquera, la *indisposición repentina*, la cólera del público, la reaparición, los inútiles esfuerzos para reavivar el entusiasmo, las palmadas escasas y frías, esos síntomas iniciales de indiferencia, desgarradores en todo amor..... Sus mejillas se encendían, y á veces, por entre su voz resquebrajada, asomaba una inflexión de terciopelo, como de la arruinada pared de un palacio cuelgan aún girones de rica tapicería.....

Por último, se levantó y llamó al mozo para pagarle; pero yo le había hecho una disimulada seña, y el mozo, con muchas cortesías, se negó á recibir un cuarto. El tenor me estrechó la diestra y por un momento, en su rostro que iluminó el júbilo, observé la feliz transformación que se nota en la cara de una mujer, ayer hermosísima y hoy marchita por la edad, si algún soldado ó gañán, en la calle, le dirige á su manera un requiebro.

EMILIA PARDO BAZAN.





No se cura...

—Doctor: déjese usted de reticencias y de medias palabras; quiero saber la verdad, toda la verdad, sin paliativos ni disfraces y tengo suficiente valor para escucharla, por terrible que sea.

Al decir esto don Eleuterio Vela, miraba de hito en hito al doctor Paredes. Su acento parecía tan firme, tan entero, que nadie hubiese descubierto en él la mortal congoja que oprimía el corazón del millonario.

Ante esa intimación, el príncipe de la ciencia bajó los ojos con ademán embarazado y pronunció, ó más bien balbuceó una frase vaga. No pasaba, sin embargo, por un espíritu tímido, por un temperamento blando, el doctor Paredes... Gozaba por el contrario de una reputación de brusquedad y hasta de brutalidad, legítimamente conquistada. No era hombre que acostumbrara á disfrazar su pensamiento, y raras veces se tomaba el trabajo de atenuarlo por poco que á ello le apremiasen. La verdad salía de sus labios, semejante á un trabucazo disparado á quema ropa; pero en aquel momento ¡le parecía tan cruel declarar sin embajes ni requilorios á aquel pobre ricachón el nombre de su dolencia!

—Señor doctor — insistió imperiosamente don Eleuterio — eso no es contestar... le he dicho ya á usted que no soy miedoso y que quiero saber de una manera positiva y clara si... si es cierto lo que yo sospecho.

—Vamos á ver ¿y qué es lo que usted sospecha?—preguntó á su vez Paredes, clavando su mirada penetrante en la de Vela.

—Sospecho — dijo éste, haciendo un nuevo esfuerzo para reprimir su emoción — sospecho que lo que tengo ahí en el hocico es... un cáncer.

El médico no contestó; pero su actitud, sus ojos que volvían á mirar la alfombra, su mismo silencio venían ya á dar una respuesta terrible, afirmativa.

—He acertado ¿verdad? — interrogó don Euleterio — ¡Hombre responda usted de una vez!

Entonces, Paredes repuso ahogando un suspiro.

—Sí: ha acertado usted.

—De modo que... ¿qué esto es un cáncer?...

—Si señor.

—Y el cáncer no tiene cura ¿eh?

—¡Hombre!... verá usted... eso según y cómo... á veces...

—No mienta usted — dijo brutalmente el señor de Vela — siempre oí decir que el cáncer es un mal incurable: ¿por qué trata usted de engañarme?... ¿se figura usted que yo soy uno de esos enfermos que tiemblan y lloran y se espantan ante la idea de morir?... No ¡fuego de Dios! no soy de esos... yo no sé lo que es miedo. Con que, clarito ¿estamos?... el cáncer no se cura ¿verdad?

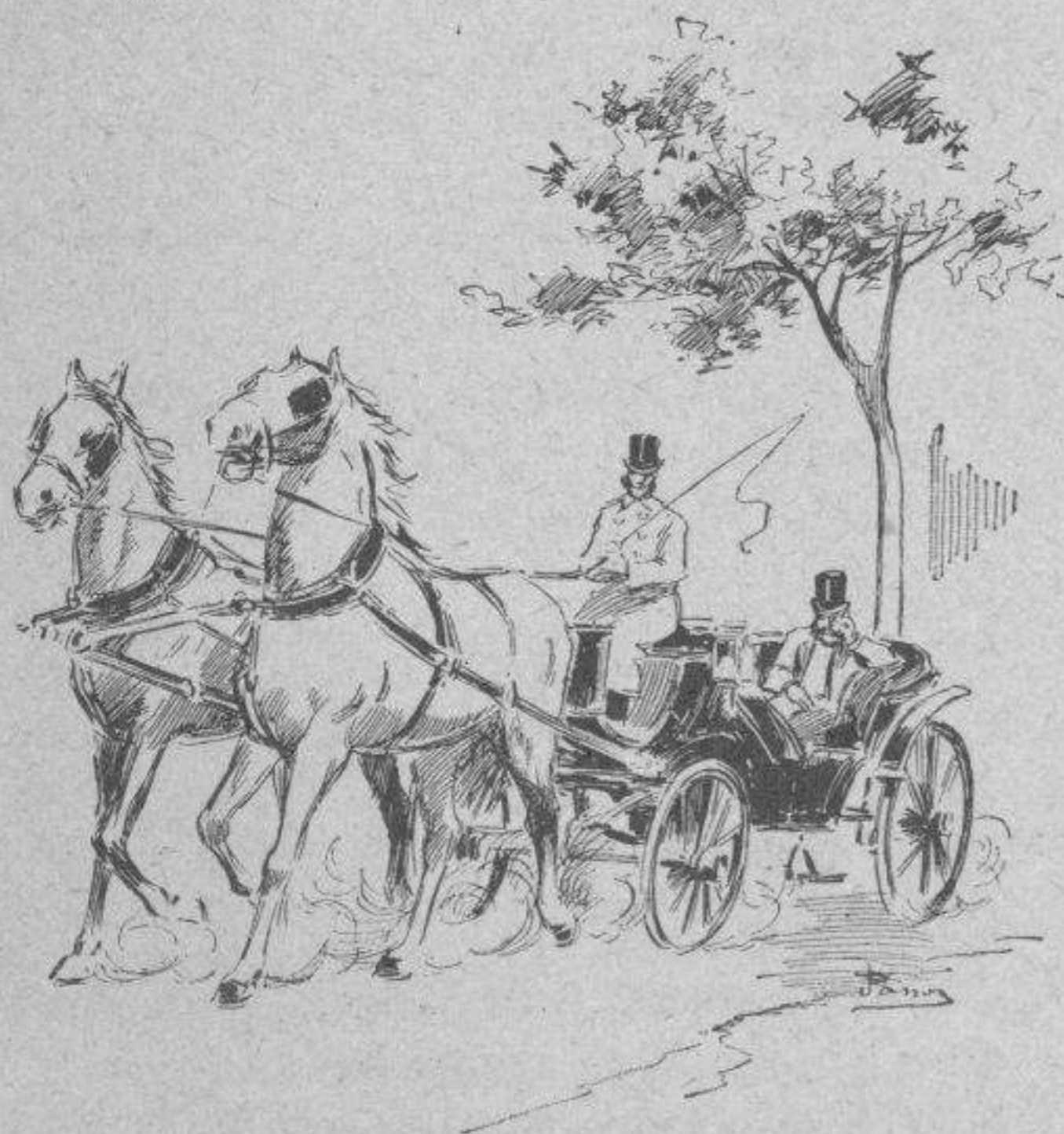
Eran tan arrogantes, tan provocativos el gesto, el acento de don Eleuterio, que el doctor experimentó un inconsciente impulso de irritación, y arrastrado por su temperamento brusco, agreste, contestó:

—Si señor, es incurable.

* * *

Echado sobre los almohadones de su lujosa carretela, solo con su terrible pensamiento, don Eleuterio soltó una carcajada histérica en que iba envuelto amarguísimo sollozo y de su boca, de aquellos labios en donde la muerte imprimía ya su espantosa mancha, brotó un concierto de maldiciones que ahogaba el estrépito del carruaje rodando veloz sobre el empedrado.

—¿Es decir — gemía rabioso el pobre condenado — es decir que he pasado toda mi vida penando y sufriendo, trabajando como un esclavo, en busca de la riqueza, del bienestar, del goce esperado, para concluir en eso: en la muerte prematura y horrible? ¡Fuego de Dios! pensar que me he llevado treinta años de mi existencia luchando con la adversidad y con la pobreza, vencíendolas día tras día, y que ahora, al ver logrados mis afanes, al tener conquistada una fortuna colosal, inmensa, me dice un médico: estás perdido, tu mal no tiene remedio...



¿De qué me ha servido pues el penar, el sufrir, el trabajar?... De nada... sí, digo mal... me ha servido de suplicio larguísimo, terminado por un suplicio más espantoso todavía... Desde niño me propuse ser rico algún día; me propuse combatir á brazo partido con la miseria cuyo hálito había percibido ya desde el nacer; me propuse conquistar la opulencia; y sostenido por esta idea, decíame á cada punto: espera, lucha, porfía... esos millones que ambicionas concluirán por ser tuyos; y entonces esos goces que tu imaginación acaricia en perspectiva, esos deleites en que sueñas ¿quién te impedirá realizarlos?... Serás joven todavía; te hallarás en la plenitud de tu edad viril; tendrás todo lo necesario para disfrutar de los placeres del mundo: robustez, ilusiones y oro, muchísimo oro: ¿qué felicidad no será la tuya?

Soltó don Eleuterio otra carcajada semejante á un rugido y prosiguió con voz ronca: ¡Felicidad!... ahí la tienes la felicidad!... ¡miserable, desdichado, imbécil, ahí la tienes!... Te imaginas que ha llegado el momento de saborear toda la voluptuosidad que el



mundo ofrece á los ricos, y lo que llega es un granito, un nada, que se convierte en una úlcera... pequeña, muy pequeña... una lenteja casi... Y la muerte viene con ella!... La muerte, si; inevitable, lenta, sin piedad, con un cortejo pavoroso de sufrimientos inauditos, de dolores cruentos... La muerte asquerosa, repugnante, del canceroso que ningún poder humano puede detener! la muerte implacable dentro de algunos meses, envuelto entre torturas... y ¡entre millones!

* * *

El lacayo que saltó presuroso para abrir la portezuela, el portero que se inclinó reverente, el ayuda de cámara que fué á abrir la puerta, notaron que el rostro del señor de Vela estaba lívido, desencajado.

Dos minutos después, el criado que iba á preguntar á don Eleuterio si quería almorzar, retrocedió espantado al oír un estampido que vibró allí mismo, á pocos pasos, tras la puerta del gabinete.

Dió voces el fámulo, acudieron sus colegas, y vieron tendido en el suelo, con la cabeza destrozada, el cuerpo exánime del infeliz millonario.

JUAN BUSCÓN.

Á la nave

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO

O navis, referent, etc.

¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.

Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias
Y á correr la fortuna
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes
Alevés tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.

¡Ah! vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas,

Presto erizanáo cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;

Y ya, padrón infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.

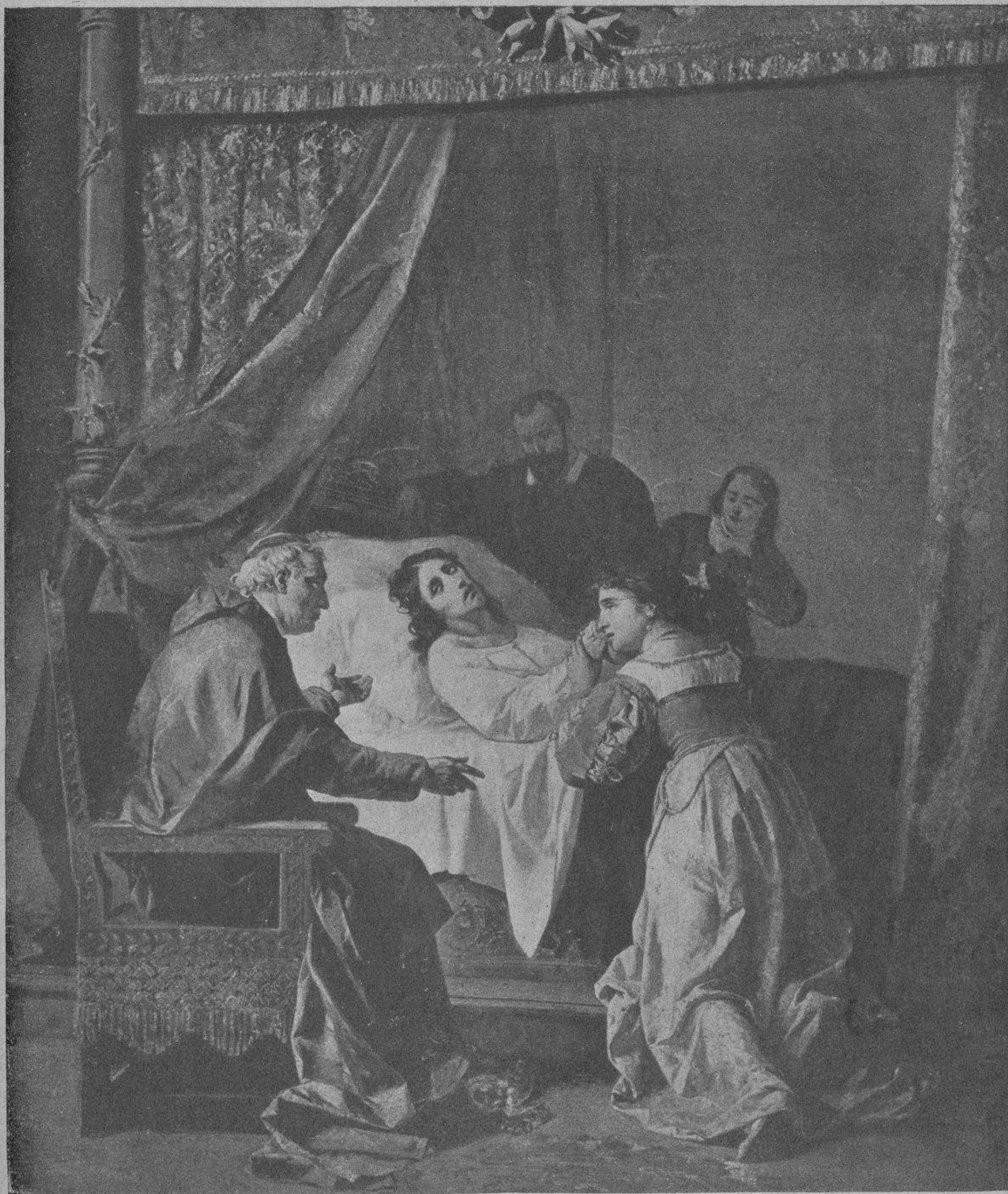
¡Qué! ¿no oyes? ¿el rumbo
No tuerces? ¿orgullosa
Descojes nuevas velas,
Y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda.
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana,
Que hinchada se alborota,
Ni el vendabal te asusta,
Que silba en las maromas?

Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda.

ANDRÉS BELLO.



Muerte de Rafael Sanzio

La edad de oro del Renacimiento comienza en la arquitectura con *Bramante* (1444-1514), que ideó el plan del Vaticano y comenzó su construcción, llevada á feliz término por *Miguel Angel* (1475-1564), que si en la cúpula de San Pedro se distinguió como arquitecto, en su *Moisés* brilló como escultor y en el *Juicio final* abrió nuevos horizontes á la pintura. El tercer representante del renacimiento artístico fué *Rafael Sanzio*, más comunmente conocido por *Rafael de Urbino*, por el pueblo de su naturaleza. Su padre, Juan de Sanzio, también pintor, confió su educación artística al *Perusino*. Con Leonardo de Vinci y Miguel Angel, él es la más alta personificación del Renacimiento. A pesar de haber muerto en la flor de su juventud, dejó gran número de obras maestras, como son: *La Sagrada familia*, *La bella jardinera*, *San Miguel*, *Disputa del Santísimo Sacramento*, etc., etc., y sus célebres frescos del Vaticano. Nació en 1483 y murió en 1520.



Quien más pone, pierde más

*Es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.*

Este refrán que te canto,
Tiene, amor mío, tal arte,
Que su bondad á probarte
Con una *conseja* voy.

Fué una niña de quince años
El duende de esta *conseja*,
Y aunque la niña ya es vieja,
Aun dice entre angustias hoy:

*Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.*

Tuvo la niña un amante
A quien, idólatra, un día,
—Te he de querer—le decía
Hasta después de morir.

Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte.—
Tal dijo, sin advertir

*Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,*

*Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.*

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó el país de los justos,
Y al mundo el vuelo tendió;

Y cuando alegre á su amante
Con alas de ángel cubría,
—¿Ves cual dejé—le decía—
El cielo por tí?—Mas, ¡oh!

*Que es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.*

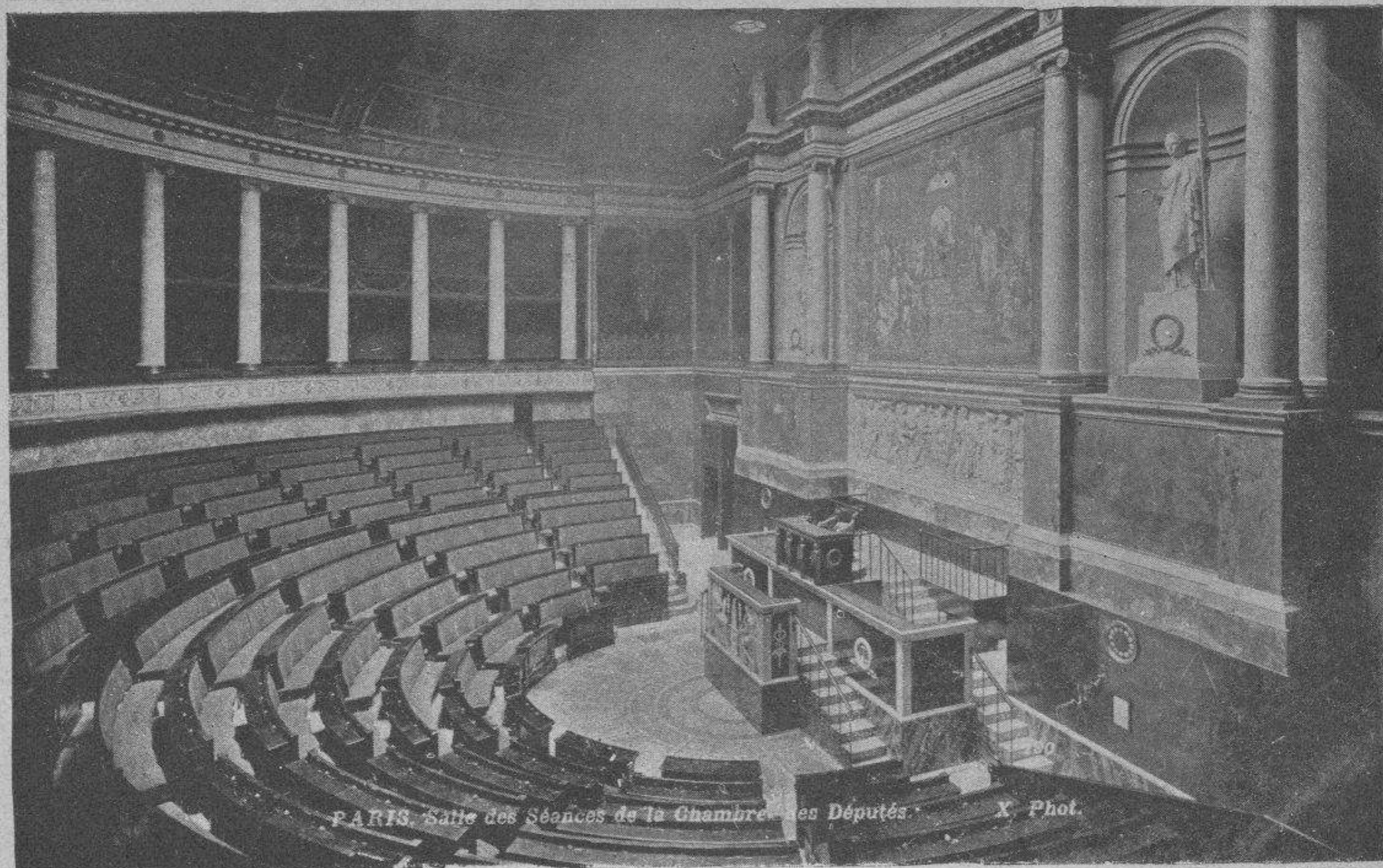
Durmió el ángel á su lado;
Y, de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante
Y en ellas al cielo huyó..

Y al encontrarse la niña
Víctima de un falso trato,
Llorando vió que el ingrato,
Subiendo al cielo cantó:

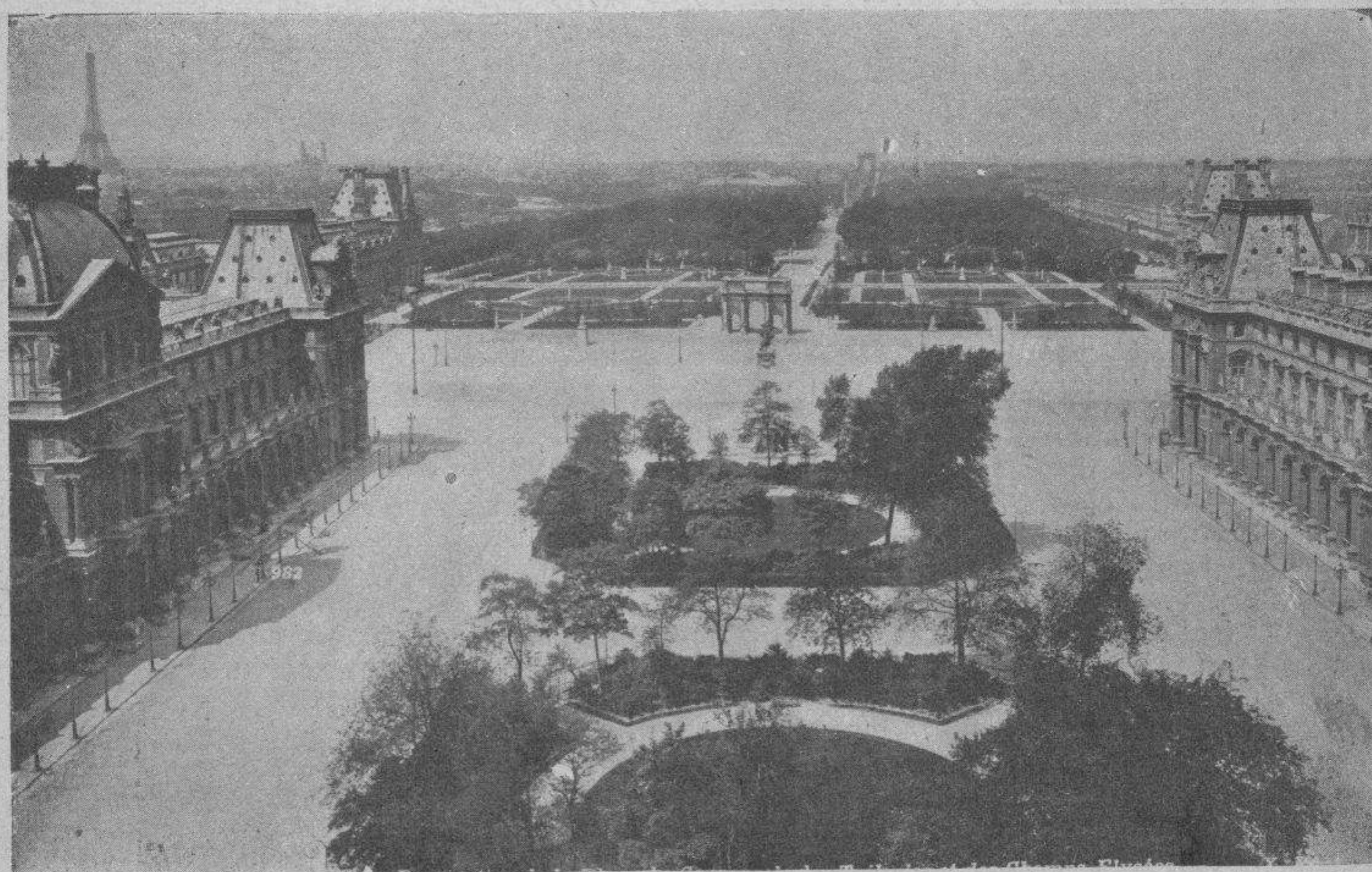
*Es la constancia una estrella
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Menos le quieren con ella.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





PARÍS. — Sala de Sesiones de la Cámara de Diputados



PARÍS. — Perspectiva del Carrousel, de las Tullerías y de los Campos Elíseos



MUSEO DEL LOUVRE. — Desembarco de María de Médicis en Marsella (detalle)

Una eulebra

Pepe Ortiz y Juan Lafuente acababan de echarse al colete los ocho días de navegación que separan á Adén de la isla de Ceylán; y animales puramente terrestres, así hubieran hecho la travesía en el magnífico vapor *Oxus*, de las Mensajerías francesas, en cuanto el buque fondeó en Punta de Gales su primer cuidado fué restituirse á su elemento mientras durase la escala.

Provistos, pues, de una muda que cada cual metió en la maletilla de mano, se acomodaron como pudieron en la piragua típica del país, y, ya conteniendo la respiración para no producir oscilaciones que los echasen á pique, ya valiéndose del saco como de un balancín para nivelar el peso de su estrecha embarcación, cruzaron la bahía, desdoblaron el cuerpo y tomaron tierra.

—¡A la fonda!— gritaron los dos al cingalés que se había apoderado del equipaje; — y ambos siguieron á aquella especie de gitano con peineta y falda, saboreando previamente las delicias de una cama sin movimiento; dulce esperanza que añadía encantos á la lujuriosa vegetación de aquellos bosques de cocoteros y cinamomos que constituyen las calles de la ciudad.

Pero ¡oh desgracia! en el hotel no cabía un huésped más; la acumulación de tres vapores en la rada había arrojado sobre el establecimiento una avalancha de gente ávida de reposo.

- ¿No hay otra posada?—preguntaron al patilludo guía.
- Ninguna.
- ¿Ni casa de huéspedes?
- Tampoco.

—Pues yo no vuelvo á bordo,—objetó Pepe.

—Ni yo,—repuso Juan.—A ver, que nos alquilen una cuadra.

—Aquí no hay caballos, señor.

—Pero sí camellos, elefantes..... Nos contentamos con una pocilga con tal de que no flote.

No había medio de vencer las dificultades, y ambos compañeros de infortunio resolvieron pasar la noche al raso antes que encajonarse en el camarote.

—El clima es benigno.

—El cielo puro; y debajo de un canelero...

—Podremos dar vueltas en la cama.

—Es verdad; ¿pero y las culebras?—adujo el cingalés.

Los dos amigos se miraron de hito en hito y vieron como sus cascos de viaje se elevaban empujados por los cabellos puestos de punta.

—¿Hay culebras?—interrogaron á la vez.

Y no habían acabado de formular la pregunta, cuando el sonido de una flauta les hizo volver la cabeza y se hallaron frente á frente de uno de esos domesticadores que con la música pretenden fascinar á los reptiles. Media docena de ellos se enroscaban en voluptuosos giros sobre las losetas de la baranda; Pepe dió un salto atrás y derribó á su amigo, que parapetado á su espalda contemplaba el espectáculo con una amarillez de cadáver.

—¿Te parece que regresemos al *Oxús*?—propuso Juan incorporándose.

—Después de todo, con el buque parado no se está mal en él.

Y ya se aprestaban á desandar el camino los dos viajeros, que en punto á culebras el pariente más cercano que conocían era la anguila, cuando les detuvo el paso un joven simpático á fuer de español, que, oyendo hablar su lengua y conocedor de la localidad por residir en ella algunos años como empleado de una casa de comercio, vino á tender una mano amiga á sus compatriotas.

—Efectivamente, la fonda está atestada,—les dijo.—Yo habito en ella; pero no puedo cederles á ustedes mi cuarto, porque lo he convertido en oficina y tengo que trabajar mucho esta velada.

—¡No faltaba más!

—No obstante, hay manera de conciliarlo todo. Uno de mis compañeros salió ayer para Singapore y me ha dejado las llaves de su casa, donde podrán ustedes pasar cómodamente la noche. No hay nadie, ni siquiera criados.

—¿Y culebras?—balbuceó tímidamente Juan.

—¡Cómo! ¿Tendría usted miedo? Yo llevo tres años de país y todavía vivo.

H. BOURSE



De regreso

Preguntarle á un español si tiene miedo, es como obligarle á convertirse en héroe.

—No señor, lo digo por mera curiosidad.

—Hay muchas en esta tierra; se le aparecen á uno en el techo, junto á la almohada y hasta en los cajones de la cómoda.

Pero son inofensivas; rara vez tropieza uno con un ejemplar venenoso.

No había manera de rehusar; la negra honrilla andaba de por medio, y todos se encaminaron á la vivienda distante cien metros escasos de la fonda. El cingalés depositó las maletas en el cuarto de dormir y los viajeros lanzaron un ¡ay! de satisfacción ante el espectáculo de dos camas canónicas que se desembozaban como para recibirlos en su seno.

—Ahora no hay tiempo que perder, — dijo el residente, — si queremos aprovechar la tarde para recorrer los alrededores. Tomaremos un vehículo, y al anochecer los restituyo á ustedes á su hogar por si desean arreglarse un poco antes de la comida, pues supongo que me dispensarán la honra de acompañarme á la mesa. A las ocho.

—¿Cómo negarnos?

Y en efecto, la tarde se pasó en visitar el bosque de los caneleros, en subir á Wakwela, en comprar mangostanes y en admirar el pico de Adán que se refleja en los pantanos de aquellas interminables tierras de arroz.

Anochece ya cuando Juan y Pepe se apeaban del carruaje en la puerta de su hogar hospitalario y con una serie de apretones se despedían hasta dentro de una hora de su cariñoso cicerone.

Abrieron las maletas y se dispusieron á cambiar de traje; pero como las tinieblas iban en aumento, trataron de encender luz. Busca por aquí, busca por allá, nada; ni una lámpara, ni una bujía.

—No hay mas remedio que aprovechar los últimos alientos del crepúsculo y vestirnos á puñados.

—Acaso hay velas en la cómoda, — repuso Juan.

—Bueno, míralo tú, — respondió Pepe eludiendo la requisitoria al recordar lo que acerca de los reptiles les había indicado el anfitrión.

—No; por mí no. Yo puedo vestirme á oscuras.

—Lo mismo digo, soy nictálope como los gatos.

Y atacando los dos el duo de *La Africana*, sin duda para espantar el miedo, empezaron á mudarse con la precipitación del que tiene prisa de acabar.

Las prendas de que se despojaban iban volando por los aires para no tener que moverse del sitio y exponerse á un encuentro poco grato. Para sacar de la maleta las que habían de vestirse, arqueaban el cuerpo y, sirviéndose del índice y del pulgar como de pinzas, las sacudían previamente, no sin tomar por un boa constrictor el menor pliegue que les rozase el cuerpo.

—Creo que no hacemos bien en cantar; esos bichos son muy filarmónicos, — dijo Pepe. —Y como coincidiendo con su observación, un transeunte diese un silbido al pasar por la calle junto á su ventana, los dos amigos se encontraron, sin saber cómo, abrazados, por aquello de que la unión hace la fuerza.

—Yo ya estoy, tartamudeó Juan repuesto del susto y disponiéndose á salir con la levita en la mano y el chaleco sin abrochar.

—Pues yo hace media hora que te espero, — repuso Pepe siguiendo á su amigo en mangas de camisa.

—En marcha, que ya deben estar esperándonos.

Y ambos se encaminaron á abrir la puerta, lanzando miradas escrutadoras en todas direcciones.

De repente Juan prorrumpió en un grito, y de un salto se subió en un canapé. Pepe, aunque ignorante de lo que ocurría, tomó también vuelo y fué á posarse sobre un sillón.

—Ahí está... — balbuceó el primero señalando al piso delante del umbral.

—¿Quién?

—¡La... culebra!

Y en efecto, entre las sombras del cuarto se veía ondular graciosamente al reptil como si gustase de mecerse al arrullo del viento que penetraba por los resquicios del arquitrabe.

—¡Qué hacer ahora! ¿Tienes un fósforo?

—Barbaro, no enciendas. ¿Ignoras que nada las atrae tanto como la luz?

Un nuevo soplo de la brisa impelió hacia los muebles al verdugo de su tranquilidad y, como inspirados por un mismo pensamiento, se pusieron á pedir socorro á grito pelado. El bicho describió un círculo y se reposó un momento.

—¿Qué hora será?

—Creo que debe amanecer pronto, — contestó Pepe, sin noción ya del tiempo que á su entender duraba aquel martirio.

Ya habían mudado diversas veces de trinchera, cuando Juan, más resuelto, abrió la ventana con ánimo de tirarse al arroyo, aunque se trataba de un primer piso.

BOUGUEREAU



Las naranjas

—¿Qué hacen ustedes que no vienen? son las ocho y media, — gritó la voz amiga del compatriota que llegaba en su busca.

—¡Socorro! ¡favor! ¡Una culebra!—Fué todo lo que a duo pudieron contestarle los reclusos.

Momentos después, la puerta del cuarto se abría de un golpe violento, y el anfitrión, seguido de dos criados con luz y provistos de armas contundentes, penetraba en la estancia.

—¿Dónde está?

—Ahí.

—¡Cuidado! que se revuelve.

Uno de los cingaleses descargó sobre la culebra media docena de tremendos garrotazos.

—¿Está ya muerta? —interrogaron los viajeros acercándose al ver que el cazador la ostentaba en la mano como trofeo.

—¿Es venenosa?—preguntó Pepe.

Entonces el residente, aplicando la luz y soltando una carcajada mefistofélica:

—No,—dijo,—es sencillamente... una corbata.

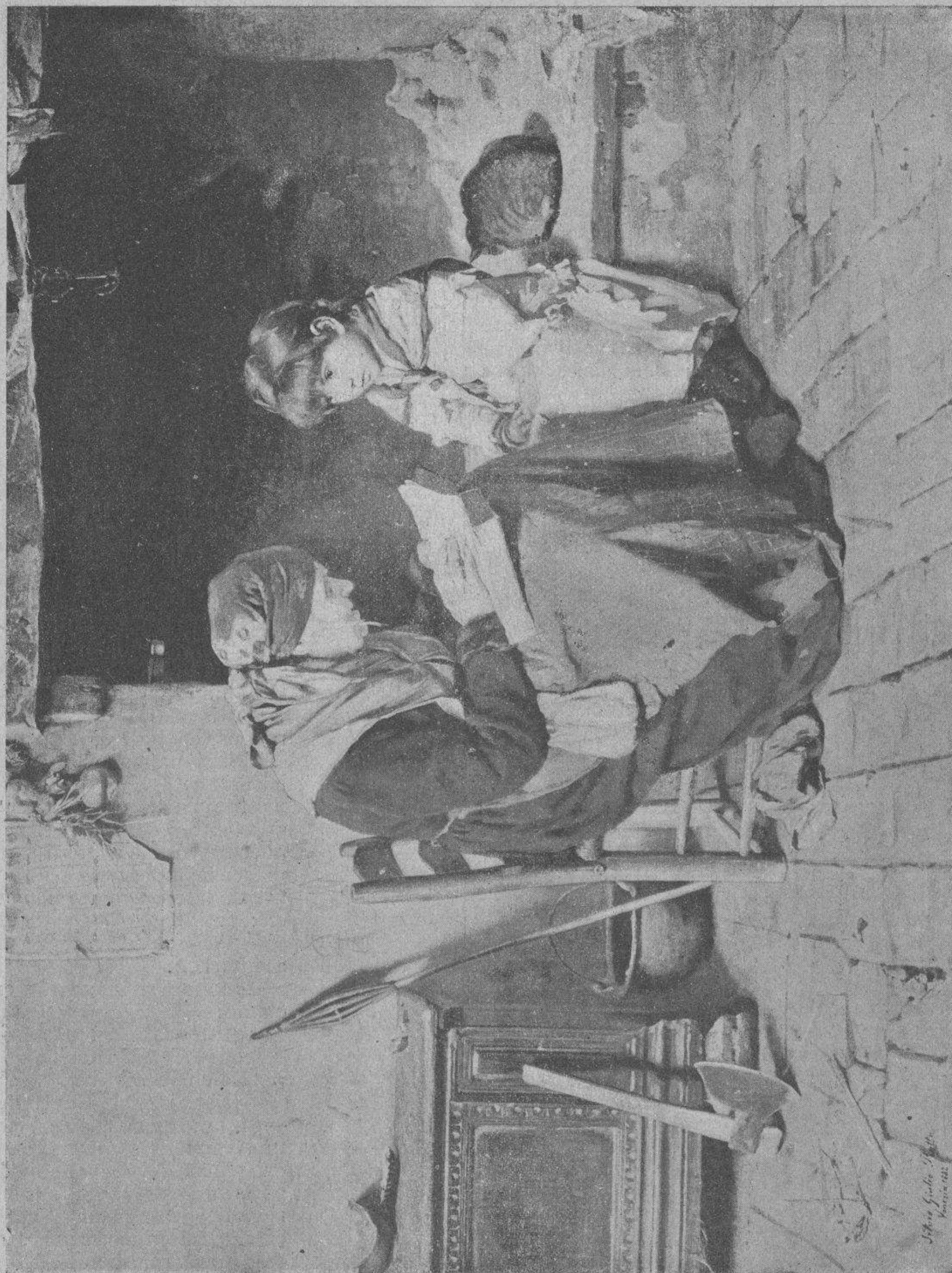
ENRIQUE GASPAR.

EUSEBIO PLANAS



Fotografía hecha en 1860

SILVIO GIALLO



La abuelita

El hombre de la capa roja

- Entonces me marchó.
- Déjame siquiera que lea su contenido.
- Es imposible, no hay nada en él escrito.
- Entonces...
- Pero se escribirá más adelante.
- ¡Oh!
- ¿Aceptas?
- No.
- Pues, hasta la vista.

El hombre de la capa roja desapareció.

El conde dejó caer con desaliento su cabeza entre ambas manos.

—¡No asistiré al torneo! ¡No seré el vencedor!—gritó desesperado.—Y todo porque no quiero firmar ese pergamino maldito, sí, maldito porque acaso será mi deshonra ó mi condenación eterna.

Después de algunos momentos de silencio, el joven se puso á pasear por la habitación, deteniéndose y gesticulando como si sostuviera una lucha colosal consigo mismo.

¿Qué haría en aquella alternativa?

El día señalado para las fiestas se aproximaba y era preciso estar dispuesto para asistir

á ellas, puesto que acudiría toda la nobleza alemana y no podía faltar él, el conde de Wuteng, descendiente de una de las más antiguas familias del imperio.

Además, la reina del torneo era el sér por quien él tanto suspiraba y cuya posesión codiciaba con anhelo, pues al par de sus inmensas riquezas, aquella mujer poseía una hermosura como no la había igual en Alemania.

—Mis padres desoyen mis ruegos, los judíos no me tienden sus manos, ¿qué voy á hacer?

El joven se estremeció y se puso extremadamente pálido, pues creyó haber oído, como un eco lejano, la voz del hombre de la capa roja que le decía:

—¡Aceptar..... aceptar..... aceptar!.....

El conde se repuso y exclamó:

—Antes la muerte.

Una alegría inusitada se reflejó en su rostro.

—¡La muerte! — exclamó.

—Sí, la muerte... pues llevar una existencia miserable, la existencia del réprobo y del paria, no es vivir, sino ir muriendo poco á poco, y sufrir en vida mil muertes más atroces que aquélla que viene cuando se extingue la luz que alumbra al cerebro.

Después añadió, cambiando de expresión:

—Si mañana, cuando el sol



Enamorados

se oculte, no tengo lo que apetezco, antes de que el último rayo del astro del día vaya á confundirse con las sombras, mi vida irá también á confundirse con lo desconocido, y mi nombre se borrará de la lista de los humanos.

Al decir esto recostó su cabeza en la mesa y se quedó á poco tiempo profundamente dormido.

Un hombre se adelantó silencioso hacia el joven, le contempló largo rato y murmuró entre dientes:

—¡Mañana, mañana es el último día del plazo señalado por tí; mañana serás mío!

El que había hablado lanzó una última mirada al conde, que permanecía recostado sobre la mesa, y salió de la estancia poco á poco, como si temiera despertar al joven.

Un rayo de luna que penetraba por la ventana iluminó al nocturno visitante.

Era el hombre de la capa roja.

III. Cuando se despertó el caballero de Wuteng, ya era muy entrado el día y el ruido de la multitud que pululaba por las calles de Francfort llegaba hasta él como las confusas salmodias de un entierro.

Su inquieta imaginación le recordaba la promesa que hiciera la víspera, y hallábase dispuesto á cumplirla antes del tiempo prefijado, pues no abrigaba esperanza alguna de que acudiesen en su auxilio.

—Verdaderamente,—se decía,—es muy triste morir á los veintiseis años; pero, ¿qué otro recurso me queda después de haberlos agotado todos? Ninguno. ¡La miseria por única recompensa á mis desvelos!

—¡No, no; el porvenir, la riqueza, la felicidad!—interrumpió el hombre de la capa roja, presentándose de improviso.

—¿Quieres martirizarme sin piedad?—gritó el conde poniéndose de pie.

—No, repito, quiero que aceptes el pacto que te propongo.

—¡Imposible!

—Tu obstinación toca ya en los límites de lo ridículo.

—Como quieras, pero te advierto que te molestas en vano.

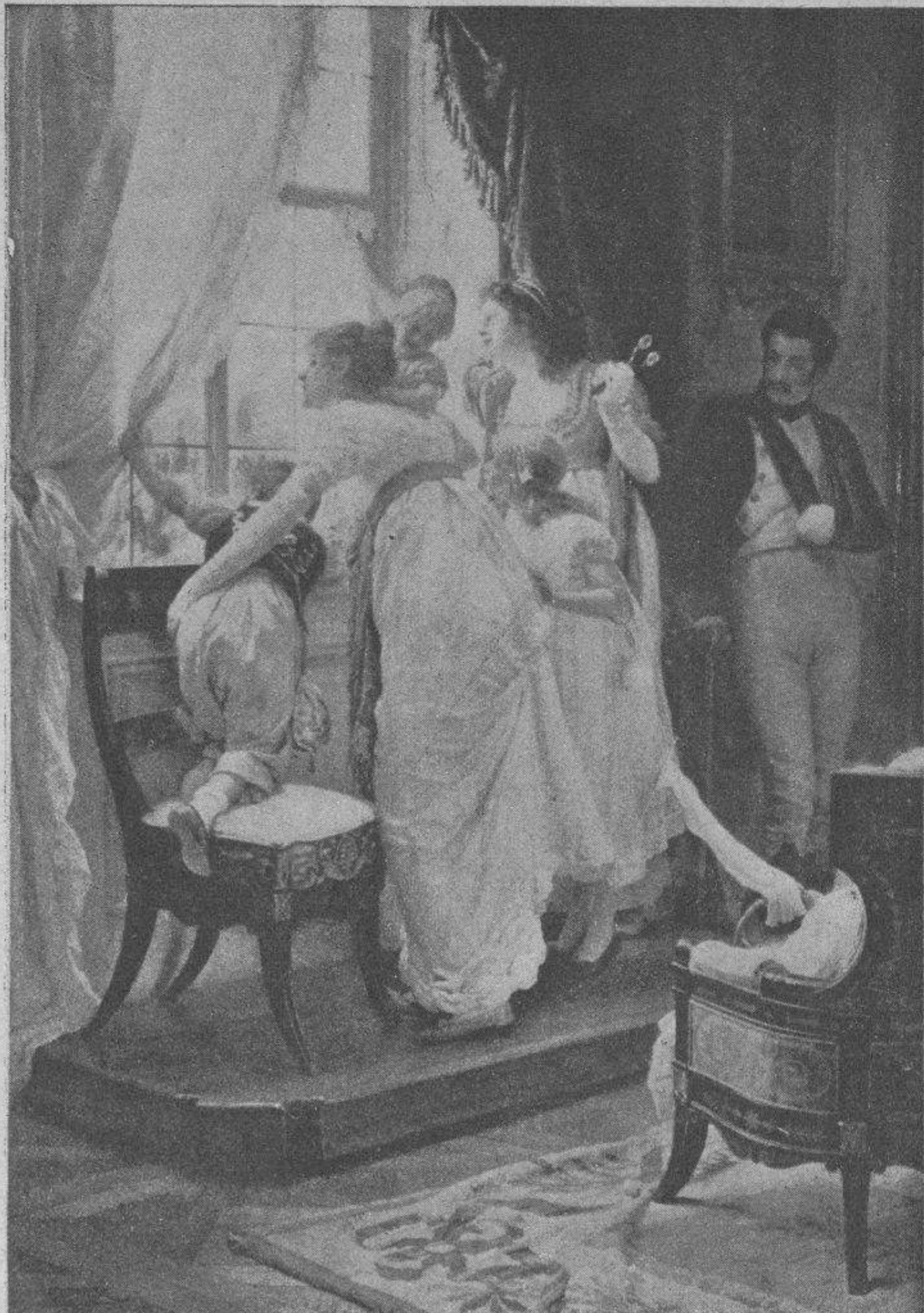
—Piensa bien lo que dices. Mañana es el gran día del torneo, donde se presentará la mujer á quien amas, ataviada con sus mejores preseas, para adjudicar el premio á un vencedor dichoso que no será el conde de Wuteng...

—¡Calla, calla!...

—Ese paladín acaso merezca el honor de unirse con la reina del torneo, con la mujer más bella del mundo...

—¡Oh! ¡No, no!

—Mientras que tú, sin vida, morarás en una tumba fría y miserable, devorado por gusanos repugnantes...



El desfile

—¡Calla, maldito, calla!

—Los señores lucirán sus mejores armas, los caballos gualdrapados relincharán fogosos en la arena, el clarín dará la señal del combate, y después...

—¡Acepto, acepto! ¡Firmaré lo que quieras!— exclamó el conde arrebatando el pergamino de las manos del desconocido.

Después firmó y selló el escrito, se lo devolvió al de la capa roja y cayó anonadado sobre el asiento.

—Veo que eres razonable,—dijo sonriendo de un modo siniestro el hombre misterioso.—Mañana tendrás un magnífico acompañamiento que esperará tus órdenes en el patio de tu palacio, al que te conduciré ahora mismo. Si te diriges á casa de los judíos, ellos te abrirán las puertas y las arcas y te darán cuanto necesites, sin necesidad de que se lo devuelvas. Sígueme.

El joven se levantó sin darse cuenta de lo que hacía, y poco después quedaba instalado en uno de los palacios más suntuosos de Francfort.

Para convencerse de que era cierto lo que antes le dijera el desconocido, se dirigió á las casas que antes visitara, donde le habían negado los auxilios apetecidos, y en ellas fué recibido cariñosamente y obsequiado como un rey.

El conde se admiraba más y más de lo que le sucedía.

—No siendo el mismo diablo ¿quién sino Dios puede operar semejantes milagros?

Estas reflexiones y otras muchas se hacía el conde, disponiéndose para el torneo que se celebraría el día siguiente.

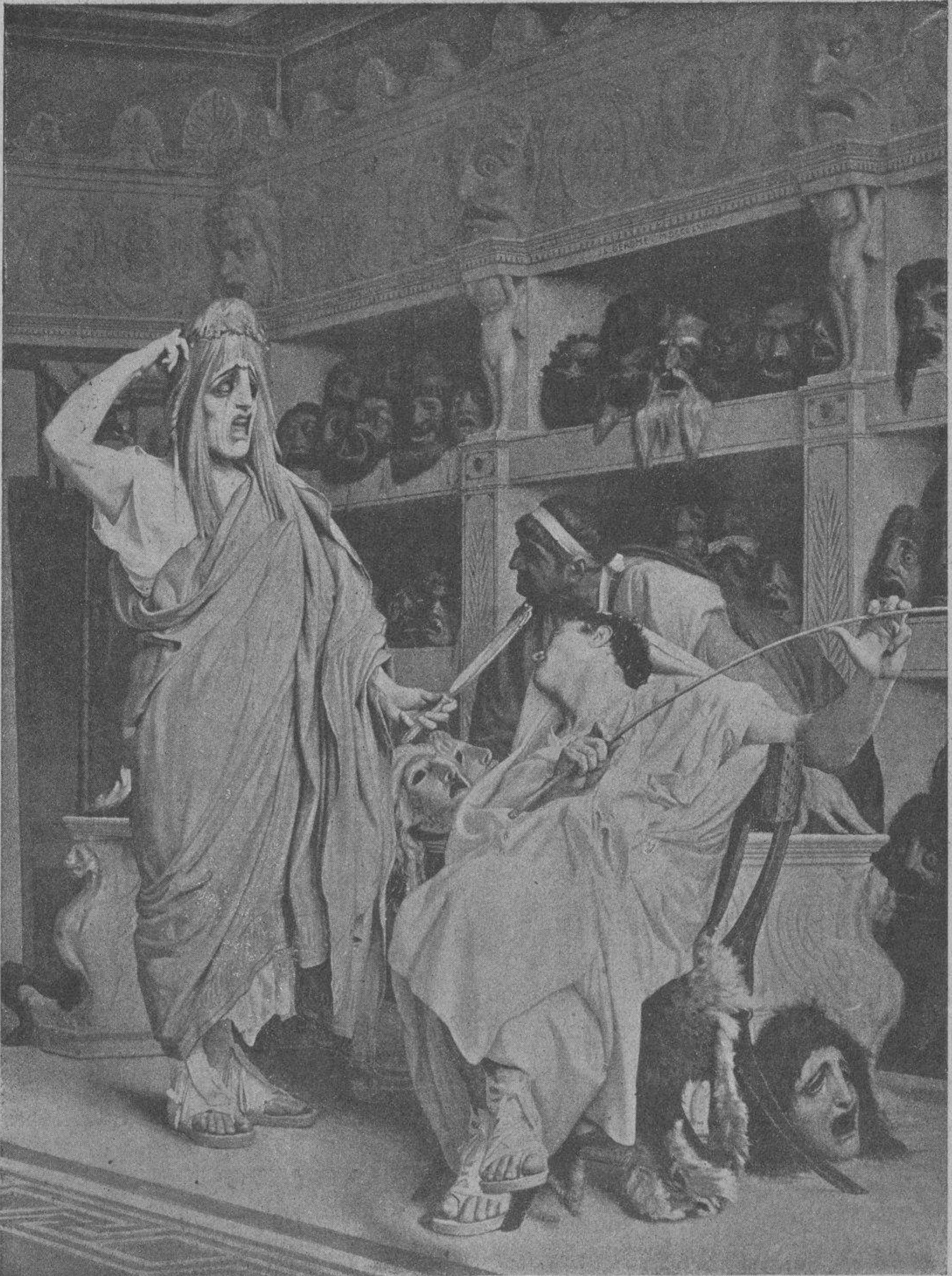
Llegado el momento, el joven salió de su palacio precedido de pajes y rodeado de una grandiosa servidumbre.

Las gentes miraban á la comitiva con admiración, y su entrada en el lugar del torneo

GISBERT



Desembarco de los Puritanos en la América del Norte



Los comediantes

Todos ó la mayor parte de nuestros lectores conocerán el origen de la tragedia que tuvo lugar en las fiestas de Baco. Llamaron los genti es tragedia á una canción en loor de este dios, canción que fué transformándose y que llegó á constituir el género dramático. Los cómicos se llamaban histriones y al principio se cubrían el rostro con máscaras que muchas veces representaban personajes y héroes conocidos. El autor del cuadro que publicamos se ha propuesto reproducir una escena privada de aquellos tiempos entre comediantes. Uno de ellos se prueba una careta horrible de las que servían para las primitivas representaciones teatrales.

fué saludada con murmullos de sorpresa al ver el lujo desplegado por el desconocido guerrero.

El emperador hallábase ocupando el regio dosel, y muy cerca la reina del torneo, más hermosa que nunca.

Los clarines anunciaron que era llegada la hora de comenzar el combate, y este dió principio en medio de la mayor animación.

IV. Francfort estaba entusiasmado. Jamás se había visto torneo como el allí celebrado.

Ni el célebre de Worms en 1219, fuera tan brillante, á pesar de haber asistido á él el emperador, los príncipes de las orillas del Rhin, los electores y los obispos.

El vencedor era Enrique de Wuteng, que en breve contraería matrimonio con la bella princesa que presidió el torneo.

Una cosa solamente tenía aterrada la población.

Los innumerables robos que se cometían en castillos, palacios y templos, sin que pudieran ser descubiertos los malhechores.

Un día fueron detenidos tres hombres sospechosos, pero la autoridad se vió obligada á dejarlos en libertad á causa de haber probado aquéllos que eran de la servidumbre del rico y poderoso conde de Wuteng, casado después con la princesa de Wolseck.

Enrique, no obstante, estaba sumamente inquieto, pues hacía tiempo que no había vuelto á ver al hombre de la capa roja, y por tanto ignoraba el uso que éste hiciera del pergamino.

EUGEN KLINEKENBERG



El sábado

—¿Habré vendido mi alma al diablo?—se preguntaba con frecuencia.

Dos años después se presentó al conde el misterioso personaje.

—Aquí me tienes de nuevo,—dijo éste.

—¿Vienes por mi alma?—gritó Enrique con inquietud.

—No, vengo á romperte en tu presencia el pergamino que firmaste en otro tiempo.

—¿Y qué dice?

—Oye: «Los que lleven este pergamino son gentes de mi casa, á quienes auxiliarán las autoridades siempre que lo necesiten.—ENRIQUE, conde de Wuteng.

—¿De manera?...

—Que yo he sido el jefe oculto de una cuadrilla de ladrones, y tú el jefe visible y responsable.

—¡Miserable!

—¡Señor conde, ya no nos volveremos á ver! Si vos sois rico, yo lo soy mucho más. Adiós.

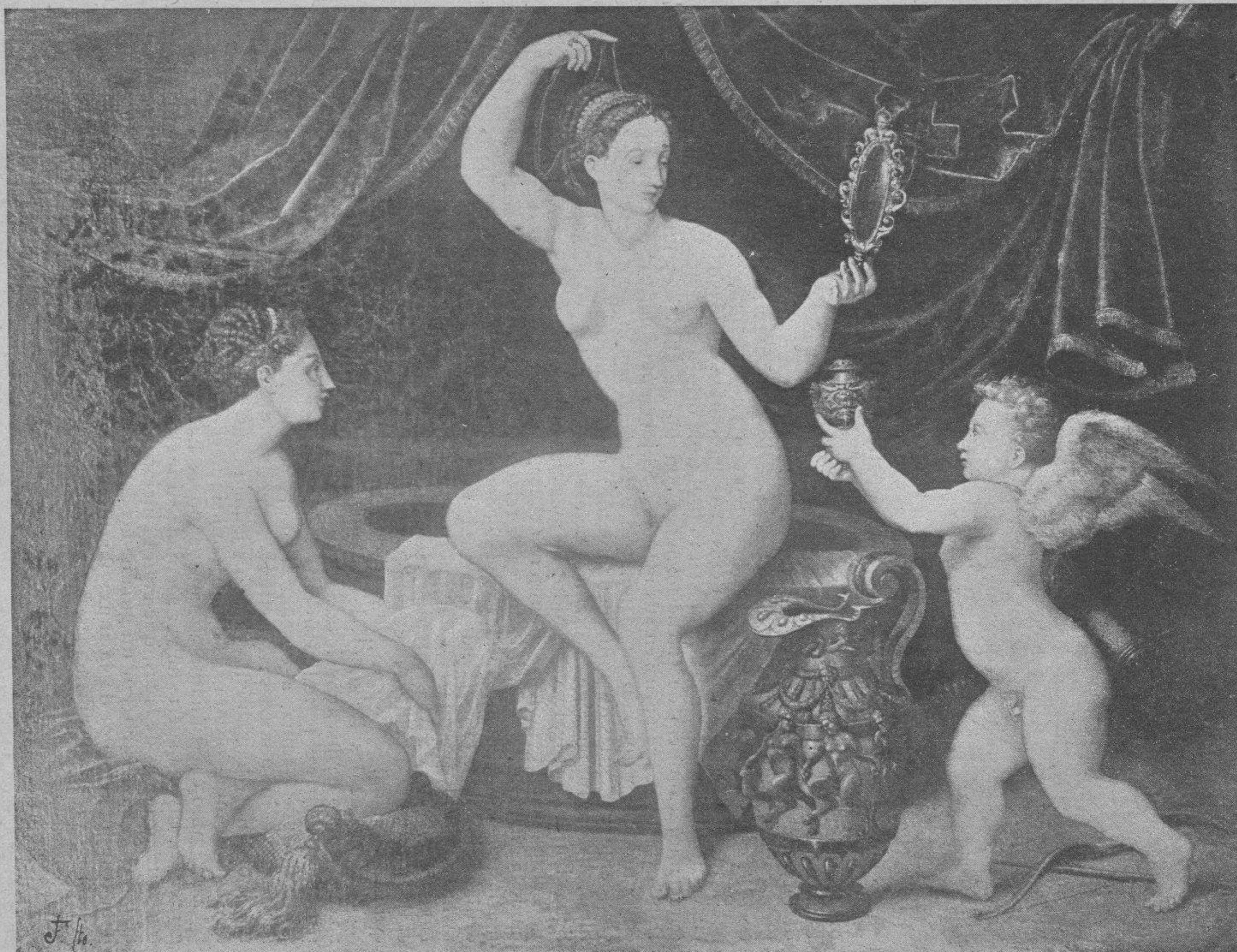
El de la capa roja salió, y el joven no le volvió á ver en los días de su vida.

R. HERNÁNDEZ Y BERMÚDEZ.

Cantares populares

Anda ve y dila á tu madre
si me desprecia por pobre,
que todo acaba en el mundo,
y ayer se cayó una torre.

El clavel que tú me distes
el día de la Ascensión,
era clavel, y ahora es clavo
clavado en mi corazón.



Venus y su toilette. — Escuela de Fontainebleau (Siglo XV)

El beneficio de la tiple

La compañía del Liceo había ido al teatro Principal de P*** por cortísima temporada. La célebre tiple rusa Nadina Karmisky formaba parte del notable cuarteto. Era una mujer espléndida; tenía esa figura majestuosa y escultural propia de las hijas del Norte; quizás pecaba por ser un poco gruesa, pero como la Dudu de Lord Byron, hubiese sido difícil á un escultor señalar las partes de su cuerpo de nieve, que hubiesen podido ser cercenadas sin menoscabo de su belleza. Era tan superior á la generalidad de mujeres, que al presentarse en escena un observador perspicaz hubiera podido descubrir en el semblante de muchas espectadoras una contracción imperceptible reveladora de inespliable sensación de mal estar; una impresión de *achicamiento*, análoga á la que experimentan muchos hombres de menguada musculatura en presencia de esos atletas de circo, hermosas bestias humanas, que dice Taine; que lucen en la barra fija sus biceps de Hércules. Porque dicho sea de paso, lo que se envidia, según el terrible Schopenhauer, es lo personal: lo que no puede adquirirse, el genio, la belleza, la salud, la fuerza... Pero volvamos á nuestra tiple, que había recibido una educación brillante y hablaba muchas lenguas; era entusiasta de Voltaire y de Rabelais, Gogol, Tolstoï y Lermondoff. La educación artística no iba en zaga á la social y literaria; era discípula de la célebre Marchesi, con quien había estudiado en Viena, debutando luego con éxito asombroso en el Teatro Real de Turín, y siguiendo después su gloriosa y triunfal carrera por los teatros Constantza, de Roma, Pagliano y Pergola, de la patria del Dante y de Maquiavelo, y en otros principales de Europa. En todos había sido agasajada, y guardaba riquísimos regalos de magnates, de príncipes, de Reyes y de emperadores. En el papel de *Elena*, de *Mefistofele*, lucía una diadema regalada por el czar de ambas Rusias y un collar de perlas del príncipe de Baviera, que valía un potosí... pues bien: á esta joven diva, acostumbrada á ver á sus pies á duques, embajadores y generales, se dedicaron á hacerle el amor todos los *elegantes* de P***, capital de provincia de tercer orden con 30,000 habitantes.

Si mal no recuerdo, figuraban entre sus aspirantes: un joven comerciante, en quien la curvatura de su nariz denunciaba su indiscutible origen hebraico; otro tendero rico, que parecía un Confucio de Carnestolendas, con bigote chinesco, muchos millones en el Banco y mucha ordinariez en sus maneras. El joven *butibamba* Honorio de los Rebuznos, cuyo nombre y apellido sugestionaban á la imaginación grandezas de Emperador de Occidente y alegrías de pollino enamorado: un escribiente con poco sueldo y muchos hijos, y un estudiante de Medicina, que era además poeta y *sportman*, ginete como don Sebastián de Portugal y esgrimidor de todas las armas, como Quevedo y Azamir.

La noche del beneficio se reunieron todos, menos el poeta, en el *camerino* de la diosa. Todos le habían hecho regalos de valor relativo, muy costosos para sus posiciones pecuniarias, pero sumamente modestos si se comparaban con los que guardaba Nadina en las orillas del Volga. El empleado, que tenía un hijo enfermo, al que habían recetado hipofosfitos de cal y que no se los daba por no gastar, le regaló una pulsera de 25 duros, que la gentil paisana de Ana Karenine traspasó la misma noche á su doncella; es decir, que el buen hombre descuidó la curación de su hijo para que la Karmisky hiciera un obsequio á su criada.

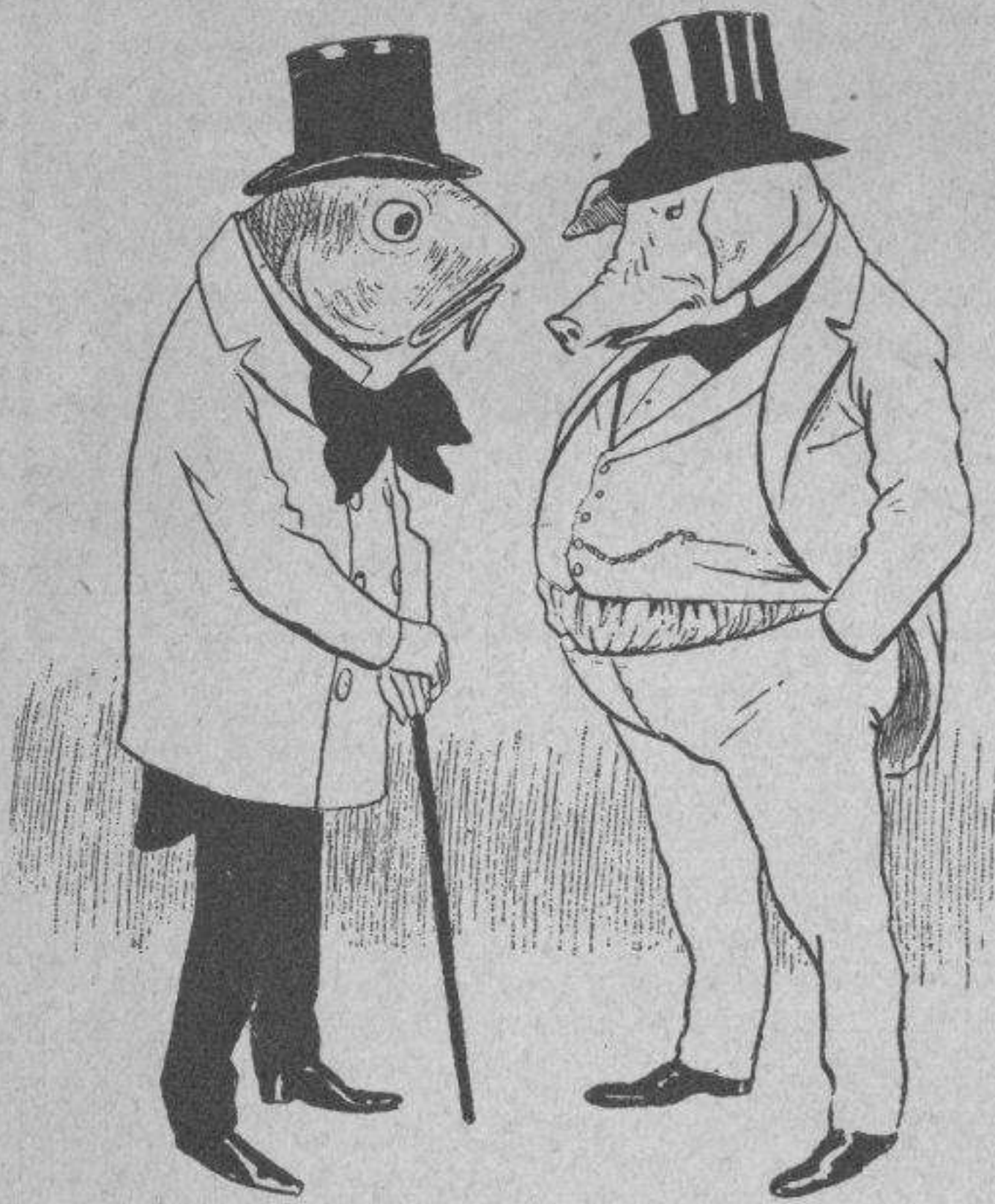
Honorio de los Rebuznos le *irregularizó* un billete de 1,000 pesetas en casa de su abuela, y otro de los tenorios de P*** firmó un pagaré al 30 por 100 á un Silok regional para poder echar el resto, como otro pidió una cantidad que no podía devolver.

La misma Nadina, al enseñar al empresario los regalos de sus adoradores, no pudo acordarse de los nombres respectivos. Aquellos infelices seductores (?) de provincia de tercer orden, se habían entrampado y habían cometido toda clase de incorrecciones para que la diva no recordara sus nombres ni siquiera una sola noche.

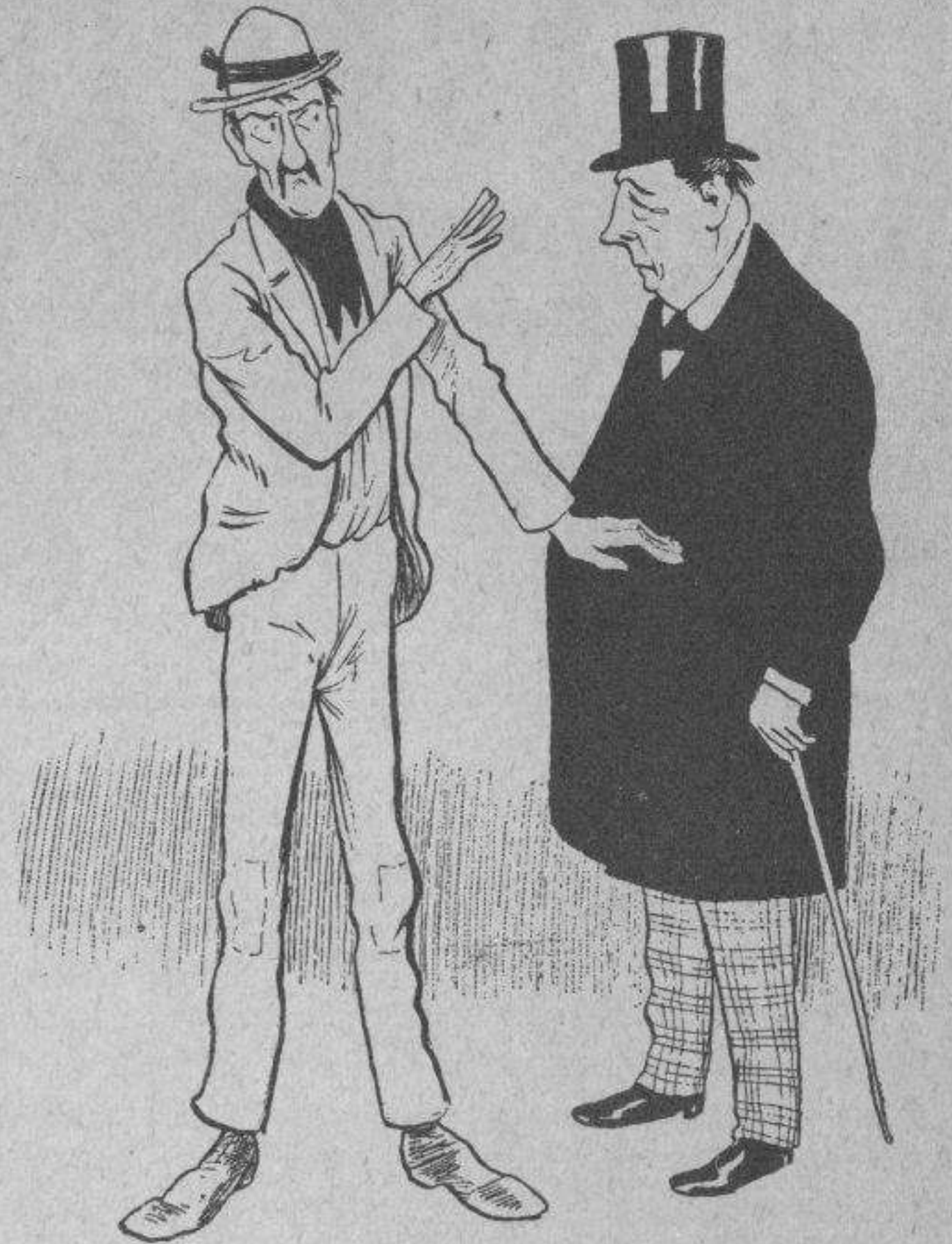
En cambio el estudiante-poeta, que no le había regalado nada más que un ramo de gardenias, tuvo la suerte de ver aceptada su invitación á Nadina para visitar unas fantásticas cuevas llenas de lagos, que eran lo mejor del país... Cuando meses después Honorio de los Rebuznos supo por un guía de las cuevas que el hielo de la hija del Setentrión se había fundido al calor de la musa meridional del estudiante, pensó que los beneficios se han hecho para los príncipes, los millonarios y los tontos.

MARTÍN POU.





—¡Hola, cochino!
—¡Adiós, salmón! ¿De quién llevas luto?
—De mi mujer, que era un pedazo de atún.



—Yo le proporcionaré á usted una bula.
—¿Y quién me proporcionará la carne?



—¿Quiere usted que la acompañe, lucero?
—No, hijo; estamos en Cuaresma y además no me gusta la carne de puerco?



—¡Cómo! tú tan aficionado á las mujeres gruesas, vas con ese bacalao?
—Calla, tonto ¿no ves que estamos en Cuaresma?...



A la hora de entrar en máquina este número, no hemos recibido el artículo de *Clarín*.



Nunca un amante, por elocuente que sea, cree haber dicho lo bastante en interés de su amor.

Plauto.

Con frecuencia pasamos del amor á la ambición; pero raras veces de la ambición al amor.

La Rochefoucauld.

La amistad debe ver claro y el amor debe ser ciego. Quien no ve los defectos de su amigo, no le ama; quien ve los de su amada, no la ama tampoco.

Petit-Senn.

El amor es hijo de la pobreza y del dios de las riquezas; de las pobrezas, porque siempre está pidiendo; de las riquezas, porque es liberal.

Platón.



Dialoguito:

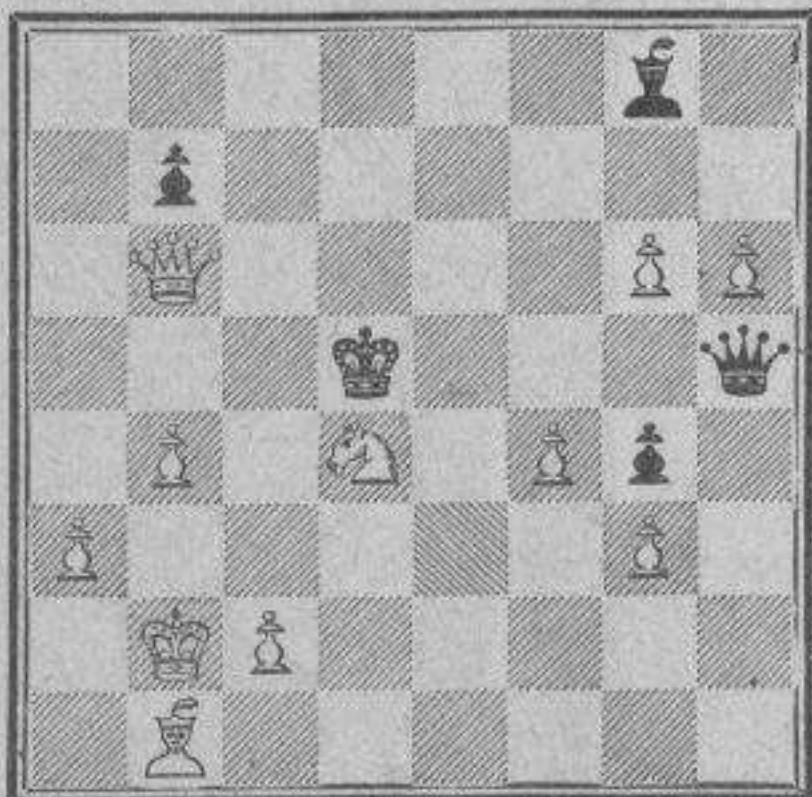
- ¿Tiene usted hijos?
- Sí, señor, uno.
- ¿Ya fumá?
- No ha tocado en su vida un cigarro.
- Perfectamente. El tabaco es perjudicial á la salud. ¿Va al café?
- Nunca ha estado en ninguno de ellos.
- Le felicito á usted. Pero ¿será trasnochador?
- Tampoco. Se acuesta siempre al anochecer.
- ¿Y qué edad tiene?
- Dos meses.



Problema de ajedrez núm. 7, por EMILIO PRADIGNAT

(1^{er} premio *Familie Journal*)

Negras (5)



Blancas (11)

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución del problema núm. 6.—1 D 2 C D—
A X T; C 7 D †—A X C ó R 6 D; 3 A ó D ††.

Conversación de dos sordo-mudos (por señas, naturalmente):

- Quisiera ser diputado.
- ¿Para qué?
- Para ver si me concedían la palabra.

La educación es el aprendizaje de la virtud; y la instrucción es el aprendizaje de la ciencia.

Mme. Monmarson.



En la playa.

Gedeón, á una señorita:

- ¿Es usted soltera ó casada?
- Soltera.
- ¿De veras?
- Sí, señor.
- ¿Y desde cuándo?



Como una perla sin concha,
Como una luz vacilante,
Como una flor sin perfume:
Así es un hijo sin madre.



Hay horas en la vida, cuyo recuerdo basta para borrar años de sufrimientos.

Sandeau.

Nadie sería culpable, si bastase negar; nadie sería inocente, si bastase acusar.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAÑ * PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona